



**SOBRE LAS CONTRIBUCIONES  
DEL PRESIDENTE GONZALO**

**NUEVA HEGEMONIA**



## SOBRE LAS CONTRIBUCIONES DEL PRESIDENTE GONZALO

El Presidente Gonzalo murió en los calabozos de un bunker militar de la base naval de El Callao, donde estaba recluido desde 1992 bajo la acusación infame de haber causado decena de miles de muertos a causa de la ideología del marxismo revolucionario al cual se había adherido y a causa de la praxis política que, como consecuencia, había practicado. Gonzalo fue el principal refundador del Partido Comunista de Perú y obró siguiendo los pasos del otro gran marxista-leninista peruano, José Carlos Mariátegui, primer fundador del partido comunista. Una vez reconstruido, el Partido Comunista de Perú logró la histórica tarea de fusionar la teoría revolucionaria con la rebelión de las masas oprimidas y explotadas.

Con el paso del capitalismo al imperialismo, la burguesía y las otras clases reaccionarias, viendo la creciente e indetenible crisis del propio sistema económico y político de poder y de dominio, oscilando entre desesperación nihilista y delirio de omnipotencia, fueron obligadas a llamar terrorismo una revolución épica que vio como protagonistas los sectores más avanzados y combativos de las masas proletarias, campesinas y pequeño-burguesas de Perú. Una epopeya que no tuvo otra coincidencia en toda la historia de la América Latina, establecida por los mártires del 19 de junio de 1986 cuando, en las cárceles peruanas de El Frontón, de El Lurigancho y de El Callao, más de trescientos prisioneros políticos del Partido Comunista de Perú se revelaron contra los planes de su lenta y sobre todo “silenciosa” aniquilación, escogiendo en cambio, de frente a los ojos de su pueblo y de la opinión pública mundial,

morir luchando. Desde entonces, el 19 de junio fue proclamado día internacional del heroísmo.

No hay dudas de que si Marx y Engels hubieran nacido en la época del imperialismo liberal, la burguesía aliada con los reaccionarios de todo el mundo hubiera hecho lo posible para reservar a ellos la suerte que fue destinada a Gonzalo y a los prisioneros de El Frontón. Por otra parte, no es posible no ver como la condición a que fue sometido Gonzalo haya sido muy similar a aquella que el fascismo sometió a Antonio Gramsci. Una muerte “lenta”, marcada por continuas molestias psico-físicas y por el surgimiento de patologías no tratadas intencionalmente. De hecho un asesinato político.

Hablando de la muerte de Gonzalo, se necesita antes que todo subrayar en particular dos cuestiones.

La primera es que la revolución peruana, la guerra popular guiada por el Partido Comunista de Perú, pudo desarrollarse solo enseñando al proletariado y a los campesinos más avanzados y combativos a separarse de los revisionistas, de los falsos comunistas, de los reaccionarios enmascarados de reformistas, de los grupos dogmáticos, de los movimientistas y de los guevaristas.

La segunda es que el silencio, con el que hoy los revisionistas y los movimientistas de todo el mundo cubren el asesinato del Presidente Gonzalo, se rompió solo por tomas de posición contiguas a aquellas de las que ha hecho alarde el actual presidente de Perú, el populista socialfascista Pedro Castillo.

Por todas se puede recordar, al menos en Italia, la reciente toma de posición de un grupo, como aquel representado por la Red de los Comunistas que, en nombre de la necesidad del análisis teórico concreto, hizo alarde de la más confusa

combinación entre obrerismo, marxismo – leninismo y soberanismo de izquierda. (<https://contropiano.org/news/internazionale-2021/news/09/14/peru-muore-in-carcere-il-presidente-gonzalo-0142102>).

Para estos personajes, la muerte del Presidente Gonzalo pareció una óptima ocasión para apoyar la tesis del carácter fallido de la experiencia de la revolución peruana y para atribuirle la causa a la ideología del marxismo-leninismo-maoísmo. Estos políticos, entre otras cosas hoy fervientes defensores del imperialismo social chino, definen el retroceso inmediato de la revolución peruana después de 1992 un fallo. Se olvidan, si es que lo que hubieron aprendido alguna vez, que una revolución cuando es realmente popular y guiada en modo efectivo por la ideología marxista revolucionaria, deja una marca indeleble y determina una fractura que no puede ser cosida nuevamente por las fuerzas reaccionarias y por aquellas social-fascistas y revisionistas. Lenin, después del 1905, había criticado a los revisionistas y a los liquidadores que hablaban de la derrota de la revolución y había explicado que las revoluciones, cuando son iluminadas por la ideología del marxismo, debiendo abrirse paso entre enemigos y obstáculos de todo tipo, se desarrollan procediendo en zig-zag y en modo circular, según la figura dialéctica de la espiral. El Presidente Gonzalo hablaba de la revolución como de un recorrido que no procede según una línea recta, sino a través de una curva cerrada. Pensar que una revolución proletaria o un partido realmente proletario puedan ser definitivamente derrotados, es como apoyar que el marxismo fue superado o que el proletariado y las masas populares de todo el mundo hayan dejado de tener necesidad de la revolución y de superar el capitalismo.

El balance de los motivos del retroceso debe de todos modos dar la máxima importancia a la cuestión de la lucha contra el revisionismo. El Presidente Gonzalo siempre prestó gran atención

a la lucha contra la línea negra en el interior del partido; línea que se opone a la revolución, abriendo así la vía objetivamente, si no también subjetivamente, a las iniciativas de la contrarrevolución.

Aún una vez más, el razonamiento no puede no regresar a Gramsci y a la consideración de cómo detrás de los problemas organizativos que, de hecho, permitieron al fascismo encarcelarlo, haya obrado el silencioso sabotaje, puesto en obra por el grupo dirigente oportunista de Togliatti, bien guiado por el camino de la degeneración revisionista del Partido Comunista de Italia, finalizada inmediatamente después del final de la II guerra mundial.

En 1975, en una fase ya avanzada del proceso de reconstrucción del Partido Comunista de Perú, Gonzalo produjo un importante escrito titulado *Retomar el camino de Mariátegui y reconstruir el partido*. En este texto Gonzalo afirma que si "Mariátegui estuviera vivo hoy, sería no solo un gran marxista-leninista, sino sobre todo un gran marxista-leninista-maoísta". Gonzalo, con un estilo clásico que revela el dominio de la lógica y del método del materialismo dialéctico típico de inmortales maestros del proletariado como Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao, evidencia como las tesis de Mariátegui se colocan sobre el terreno del desarrollo del marxismo, pasando por el marxismo-leninismo y procediendo en dirección del maoísmo. El juicio de Gonzalo es claro e iluminante: Mariátegui, el Gramsci de América Latina, fue un relevante precursor de Mao.

Gonzalo da a Mariátegui el más alto de los tributos y de los honores. Cual infinita diferencia con los que, en Italia y no, son indebidamente llamados "gramsciani" y que, a partir de la II guerra mundial, trabajaron sin pausa para tratar de demostrar que Antonio Gramsci, el más grande marxista-leninista italiano, otro gigantesco precursor del marxismo-leninismo-maoísmo, era fundamentalmente un meticuloso estudioso de matriz

semiliberales y socialdemócratas, anticipador del viraje revisionista del PC de Italia.

Gonzalo afirmó con claridad la tesis que el marxismo se desarrolla en el curso de la experiencia histórica. El marxismo se desarrolló antes como marxismo-leninismo y luego como marxismo-leninismo-maoísmo. Gonzalo, para subrayar todo esto, sostenía que hoy ser marxistas, ser comunistas significa sobre todo ser maoístas. Se consideró a menudo de poder bromear barato sobre esta afirmación, tratando de insinuar que, de este modo, Gonzalo tratara de poner en segundo plano el marxismo y el leninismo con el fin de dar realce a sus propias teorías y a su propia imagen. Se trató de enfangar su obra también desde este punto de vista y de insinuar que era presa de un delirante culto de la personalidad, repitiendo así un tipo de concepciones que son expresión de la acostumbrada metodología sofisticada y hermenéutica, pan cotidiano de los intelectuales al servicio de la guerra ideológica y psicológica cotidiana contra el marxismo y el proletariado internacional.

Pero Gonzalo, con la fórmula “sobre todo maoísmo”, no hizo más que proceder como en su tiempo Stalin y Gramsci habían hecho respecto a Lenin. Stalin y Gramsci de hecho habían subrayado que no era suficiente hablar de marxismo sin poner el acento sobre el hecho efectivamente discriminante de que, después de la revolución de Octubre, no era más la simple referencia al marxismo o al comunismo. Se debía viceversa poner el acento justo sobre el leninismo y entonces sobre el desarrollo del marxismo en marxismo-leninismo.

Como Stalin abrió la batalla, de frente al proletariado revolucionario internacional, para asumir plenamente el marxismo-leninismo y para la consiguiente bolchevización de los Partidos Comunistas, así Gonzalo condujo una batalla del

todo análoga, con un vasto y significativo eco internacional, para asumir plenamente el marxismo-leninismo-maoísmo.

Es este por tanto el primer y más grande mérito de Gonzalo. De él descienden en modo consecuente las ulteriores contribuciones.

Gonzalo fue entonces protagonista de la lucha contra la fórmula marxismo-leninismo-pensamiento de Mao. Y también esto hizo retorcer la boca a hileras de oportunistas y de llamados marxistas-leninistas, que fueron bien vistos por considerar como sucede siempre que los problemas de forma conlleven siempre a problemas de contenido y entonces contribuyan a introducirlos. Pero basta simplemente regresar a Stalin. ¿Cuál significado objetivo hubiera tenido hablar de marxismo-pensamiento de Lenin, en vez de marxismo-leninismo? Simplemente querer apoyar que Lenin había aportado sus propias contribuciones al marxismo, pero nunca que su obra pudiera ser considerada como un segundo estadio del marxismo.

Por otra parte, era justo esto lo que a menudo miraban, a partir de los primeros años Sesenta, los llamados partidarios del “marxismo-leninismo-pensamiento de Mao”. Pretendían precisamente sostener que, sobre la base de marxismo-leninismo, Mao había aportado solo contribuciones particulares, o sea válidas para los países oprimidos por el imperialismo, pero no válidas en general, no de carácter universal sobre el plano político y económico, o filosófico y militar. Entonces “contribuciones” ni siquiera necesariamente comprometedoras para los comunistas de todo el mundo y para los proletarios más conscientes y avanzados.

Por otra parte ni Lenin si ocupó más tanto de razonar sobre una fórmula como la del marxismo-leninismo, ni de fijar

teóricamente sus aportes fundamentales y de carácter universal a la teoría marxista. Gramsci lo aclara bien, explicando que Lenin, después de la revolución de Octubre, antes de dar, a nivel teórico, forma cumplida a su trabajo, se propuso nuevamente realizar prácticamente la avanzada del socialismo. Así, fue Gramsci quien pretendió dejar claro en las páginas de los Cuadernos de la cárcel, como tal tarea haya sido asumida fundamentalmente por Stalin. En honor a la verdad, debemos apoyar que el mismo Gramsci contribuyó a su vez a completar tal obra.

Como en el caso de Lenin, también Mao nunca dio particular importancia al hecho de que se hablara de “pensamiento de Mao” en vez de maoísmo y, como Lenin, se preocupó siempre más de desarrollar la revolución china y la mundial, en vez de fijar teóricamente sus aportes universales al marxismo-leninismo. Como consecuencia, a Gonzalo le tocó asumir esta tarea.

Gonzalo evidenció como el maoísmo haya desarrollado la teoría del imperialismo de Lenin. ¿Cuántas veces se escucharon repetir las masticaciones dogmáticas pseudo marxistas-leninistas sobre el hecho que el marxismo corresponde al capitalismo expansivo, el leninismo al imperialismo y entonces, dado que está siempre en el estadio del imperialismo, el maoísmo no puede tener un tener un fundamento histórico-económico objetivo y, como máximo, puede entonces referirse a la lucha antimperialista? Gonzalo hizo un barrido de estos sofismas, afirmó que el maoísmo es la época en la cual el imperialismo está en su fase terminal, entra en una fase de crisis general irreversible y produce, como consecuencia, la revolución proletaria mundial como tendencia principal.

Recordemos como Lenin se había limitado a hablar en general del imperialismo como fase suprema del capitalismo, como no había formulado una teoría de la crisis general del capitalismo y como había solo apoyado que el imperialismo genera las revoluciones y las guerras imperialistas.

Pretendiendo recordar directamente a Lenin, se desarrolló entonces y duró por años una discusión infantil, en diversas áreas del movimiento comunista marxista-leninista internacional, sobre cuál sea la tendencia principal, si a la guerra imperialista o a la revolución proletaria mundial. Casi como si una implicara la negación de la otra y como si, afirmar que la tendencia a la guerra imperialista es un dato actual y objetivo significara, en algún modo, negar la tesis de la revolución proletaria internacional como tendencia principal.

La tesis de la revolución proletaria mundial como tendencia principal fue a menudo sujeta a críticas y deformaciones. En lo que concierne a las críticas se consideró el dato de hecho actual de la ofensiva general del imperialismo como una negación de esta tendencia y no se vio dialécticamente como justo tal ofensiva demostrara la validez de tal tesis. Si la revolución proletaria no fuera la expresión objetiva de la crisis general del imperialismo y si como tal no tendiese a la formación de una subjetividad internacional efectivamente comunista, tal ofensiva reaccionaria no tuviera obviamente razón de existir, dado que sobre el plano político-empírico, aún si tenemos importantes guerras populares en curso, no tenemos ni siquiera más, por ejemplo, algún país socialista a escala mundial. A menos que no queramos considerar los regímenes dependientes del imperialismo ruso y del social imperialismo chino como el de Corea del Norte o el de Cuba.

En lo que concierne en cambio a las deformaciones, se pretendió poder demostrar la validez de la tesis de la revolución proletaria mundial como tendencia principal, haciendo simplemente referencia a las varias revueltas y rebeliones populares, que se sucedieron y se suceden siempre con mayor relevancia, en varios países del mundo. Pero de este modo se deja de subrayar que sin la ideología guía del marxismo-leninismo-maoísmo y sin efectivos partidos maoístas en grado de transformar estas rebeliones en un movimiento consciente adecuadamente coordinado a escala mundial, no es posible aún hablar de una adecuada y correspondiente expresión política de esta irreprimible tendencia.

En todo esto está por tanto implícita la que podemos considerar como la segunda tesis de carácter universal del maoísmo evidenciada por Gonzalo. Con un poco de aproximación, dado el carácter esquemático de este folleto, se le puede sintetizar del siguiente modo: si la primera tesis es aquella por la que la revolución es la tendencia principal, la segunda tesis es que la revolución está a la ofensiva en el plano estratégico, pero está a la defensiva en el plano táctico. Con una clásica metáfora maoísta, podemos entonces decir que por un lado, el adversario imperialista y el socialimperialista son “tigres de papel” o sea estratégicamente a la defensiva, pero por el otro, son “tigres de acero”, o sea están actualmente a la ofensiva. Combinando estas dos tesis, de ellas se deriva que la revolución vencerá inevitablemente, pero que, ya sea en el plano interno que en el externo, deberá proceder, desarrollarse y abrirse camino, partiendo políticamente del plano de lo concreto y de la actualidad de la defensiva. Esto en particular en los países imperialistas.

Estrechamente ligada a esta segunda tesis está aquella relativa a la cuestión del fascismo y del corporativismo. Si el adversario está tácticamente a la ofensiva, eso significa que toma continuamente la iniciativa y que busca en todos los modos de prevenir, contrastar y destruir cualquier paso delante de la ideología y de la práctica consiguiente del marxismo revolucionario, del proletariado internacional y de los pueblos oprimidos. Gonzalo aclaró que lo que caracteriza el fascismo es la crisis de los ordenamientos democrático-liberales, que madura sobre la base del imperialismo. De este modo, Gonzalo no hizo otra cosa que retomar y actualizar la tesis de Lenin y de Mao según la cual el imperialismo determina la desaparición de la democracia burguesa correspondiente a la fase ascendente del capitalismo y permite la instauración, a escala interna y a escala mundial, del dominio de las oligarquías reaccionarias de las diferentes potencias. A la cuestión del fascismo, que según Gonzalo tiende a manifestarse en forma siempre más compleja y sofisticada, está estrechamente ligada la del corporativismo, que obviamente no concierne a los falsos ordenamientos corporativos de regímenes como el de Mussolini de los años precedentes a la I guerra mundial. Al contrario, es inherente a la tendencia, ya considerada y analizada por Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, a la asunción de un rol siempre más decisivo, desarrollado previamente por los institutos parlamentarios, de los expertos económicos y militares y de los centros dominantes del imperialismo. Dato hoy absolutamente evidente que nadie, salvo que sea honesto en el plano intelectual, puede mínimamente poner en discusión.

Pero Gonzalo fue más allá y consideró las bases de este proceso evidenciando, también desde este punto de vista, como el maoísmo efectivamente haya desarrollado, desde

varias perspectivas, las tesis de Lenin sobre el imperialismo. Gonzalo afirmó con particular claridad que en el imperialismo domina el capitalismo de Estado y que la crisis del imperialismo es también la crisis de esta forma de capitalismo. Gonzalo criticó directamente las tesis sobre el capitalismo de Estado de los teóricos del socialimperialismo ruso, tesis que prácticamente hoy vienen continuamente propuestas nuevamente y repetidas. Con el concepto de capitalismo de Estado no se debe de hecho tener en cuenta solo el capital de propiedad estatal sino también, y a veces sobre todo, de todas las formas “privadas” del capital monopolista industrial, financiero y del proveniente de las varias tipologías de rentas, incluídas las provenientes de los “servicios”, también sociales, de interés público (se piensa hoy, más allá de las empresas de energía eléctrica y las de telecomunicaciones, en las universidades, en la gestión del transporte, en los correos, en las empresas sanitarias, en la cooperación internacional y en las ONG, etc.).

El capitalismo monopolista de Estado es la fusión de los monopolios públicos y privados con la maquinaria administrativa y burocrático-represiva del Estado capitalista. Esta fusión, que se ramifica y reanuda de forma variada a nivel internacional, tiende a una gestión coordinada y unitaria a escala global, acentuando más allá de cada límite la contradicción entre la creciente socialización y colectivización de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas en la base privada.

Por tanto no solo el capitalismo es hoy del todo incapaz de dar una forma establemente unitaria a tal proceso, sino que su naturaleza inconteniblemente contradictoria se traduce hoy en la crisis general del imperialismo. Una situación que, más allá

de traducirse en una inaudita acentuación de la contradicción entre imperialismo, socialimperialismo y pueblos oprimidos, determina también el creciente empobrecimiento del proletariado y de las masas populares de los mismos países imperialistas. La crisis general alimenta también la lucha por el dominio de mundo por parte de superpotencias individuales o de determinadas formaciones económicas y político-militares supranacionales. De hecho hoy se evidencia más que nunca la agudización de las contradicciones entre imperialismo y socialimperialismo y de aquellas al interior de las mismas potencias imperialistas occidentales. Se trata de procesos que generan, más allá de una manifestada tendencia a la guerra imperialista, también dinámicas de redefinición de relaciones y alianzas supranacionales. Es en la crisis que se deriva de instituciones supranacionales económicas, políticas y militares como las de la Unión Europea, que encuentra alimento, al menos en países marginales como Italia, la demagogia soberanista abiertamente fascista y populista.

Esta tesis del imperialismo como conjunto de dominio y crisis del capitalismo de Estado, es hoy negada o ocultada por casi todos aquellos que se hacen pasar por marxistas o comunistas. Sin tener en cuenta esta realidad de las relaciones económicas que caracterizan el imperialismo, no se puede comprender nada del marxismo-leninismo-maoísmo y por tanto se nos encamina inevitablemente al reformismo reaccionario o al movimientismo más o menos antagónico y rebelde que, con sus ilusiones democrático-burguesas, allana plenamente el camino al fascismo.

Pero Gonzalo, enfrentando la cuestión de la naturaleza del imperialismo, no se limitó a todo esto. En modo magistral retomó y actualizó las tesis de Mao sobre la naturaleza

económico-social de los países oprimidos por el imperialismo y por el socialimperialismo. Se trata de países que, desde el punto de vista del maoísmo, son caracterizados por el “capitalismo burocrático”.

A partir del final de la II guerra mundial, pero sobre todo en el curso de los años Sesenta y de los primeros años Setenta, en la publicidad de presunta orientación marxista, se delinearon y afirmaron varias teorías dirigidas a interpretar y a explicar el curso evolutivo de los países que venían definidos como “tercer mundo” o “países en vía de desarrollo”. Estas teorías, de un modo u otro, sostenían que los países de América Central y Latina, África y Asia habrían debido recorrer necesariamente el mismo camino de los países europeos. Al máximo se avanzaba en la tesis del capitalismo dependiente. En esta óptica, por ejemplo, se trataba de explicar la creciente urbanización verificable en tales países, la relativa disminución de la población campesina y el relativo incremento del proletariado industrial. Este tipo de interpretaciones apologistas, clásicamente de matriz liberal, eran apropiadas por la llamada Nueva Izquierda caracterizada por el “marxismo crítico” y el obrerismo. En los países oprimidos por el imperialismo, siempre en los años Sesenta, estas concepciones se arraigaban de forma particular, volviéndose la base, por ejemplo en América Central y Latina, del movimientismo y del guevarismo. En el curso de los años, tales tendencias fueron posteriormente degeneradas, traducándose en las variantes populistas de izquierda, típicas del llamado socialismo latino-americano.

Gonzalo, sobre la base del maoísmo, aclaró también esta cuestión. En primer lugar, evidenció como, con la afirmación del imperialismo, la repartición del mundo entre las potencias imperialistas se haya traducido en un sistema de opresión de

nuevo tipo en grado, aún sin el directo control colonial, de condicionar en modo decisivo el curso evolutivo del desarrollo capitalista industrial sobre la base nacional, aplazándolo indefinidamente en el tiempo. En segundo lugar, mostró como el imperialismo y el socialimperialismo hayan construido un eje con amplios sectores, unidos las rentas agrarias semif feudales o a aquellas relativas a las actividades extractivas (minerales, petróleo, etc.), de las clases reaccionarias dominantes en estos países. En tercer lugar, se desarrolla un cierto tipo de capitalismo, pero privado de las características expansivas clásicamente industriales propias de la transición del feudalismo al capitalismo de los principales países europeos. Este capitalismo unido al rol de los monopolios estatales, públicos y privados originados de las rentas semif feudales y comerciales, según la definición dada por Gonzalo, resulta débil, raquítico y fuertemente parasitario.

**Consecuentemente, estos países están caracterizados por una crisis estructural permanente con enormes contradicciones internas entre las varias fracciones de las clases dominantes reaccionarias y de la burocracia administrativa y militar. Las fracciones de las clases dominantes del Estado y del ejército de vez en vez hegemónicas tratan de hacer frente a esta crisis general permanente de la economía, de la sociedad y del Estado, con continuas reestructuraciones sustancialmente fallidas y con consiguientes, a menudo rápidas, alternancias de gobiernos burocrático-militares de tipo fascista o populista de izquierda.**

Lenin advirtió contra la confrontación de la cuestión del análisis y del estudio del imperialismo separándola de aquella de la consideración de las bases económico-sociales del desarrollo del revisionismo, del reformismo reaccionario y del

movimientismo. Gonzalo siguió en modo creativo estas indicaciones, combatiendo contra las fosilizaciones reaccionarias del “marxismo” y del “marxismo-leninismo” y mostrando, en el plano general relativo a todos los países del mundo, el nexo entre capitalismo de Estado y revisionismo. En un plano más específico, relativo a la relación entre países con capitalismo burocrático y movimientos y formaciones como las populistas del llamado socialismo latino americano, Gonzalo evidenció el nexo estrechísimo entre la lucha contra el marxismo-leninismo-maoísmo, emprendida por vastos sectores de la izquierda, incluida aquella radical o “revolucionaria”, y el dominio de los monopolios públicos y privados. Sobre esta base, Gonzalo pudo entonces fundar la tesis universal del revisionismo y del oportunismo como ala de “izquierda” del Estado reaccionario.

Este complejo de tesis, en su indisoluble unidad, se traduce en la teoría maoísta de la universalidad de la guerra popular.

Esta teoría desciende de hecho necesariamente de las tesis precedentes y como consecuencia no se le puede refutar sin atacar los fundamentos del marxismo revolucionario.

Con este propósito, el mérito de Gonzalo fue el de haber puesto con claridad tal cuestión. No estamos más en la fase en que revoluciones como aquella de Octubre podían ser consideradas en la norma y por tanto volverse un modelo general para la revolución proletaria en los diferentes países del mundo.

Las nuevas condiciones, caracterizadas: 1) por la agudización de las contradicciones fundamentales; 2) por la desaparición de la democracia burguesa de tipo liberal; 3) por la disolución de un ordenamiento jurídico internacional que, de algún modo, reconocía y sancionaba el derecho a la soberanía

nacional de las diferentes potencias y que volvía más difícil la intervención conjunta contra las revoluciones que se desarrollaban en la base nacional; 4) el proceso asociado de formación de una oligarquía autoritaria y corporativa, base incontenible, en el imperialismo, de la tendencia al fascismo; 5) el surgimiento de la crisis general como fase terminal del imperialismo; 6) la revolución proletaria mundial transformada en tendencia principal y la relativa necesidad para los reaccionarios de todo el mundo de desencadenar una ofensiva total y, en sus intenciones, permanente contra el proletariado y los pueblos oprimidos. Todo esto no podía más que traducirse en la formulación del principio de la universalidad de la guerra popular.

Lo que en los tiempos de Lenin era una norma, hoy es una excepción y viceversa. La teoría de la guerra popular es entonces un paradigma de la revolución fundado sobre el análisis concreto, adecuadamente sintetizado en el plano teórico, de la situación relativa a la fase terminal del imperialismo.

En esto está implícito que una teoría económica, política, filosófica y militar ajena al marxismo-leninismo-maoísmo no puede traducirse en un adecuado paradigma de la revolución. Queriendo de todos modos hacer referencia a la revolución, está obligada a recaer en la masticación dogmática y polvorienta de la experiencia de la revolución de Octubre, o en las concepciones movimientistas-insurreccionalistas o en las típicas foquistas y guevaristas del ecléctico “marxismo-leninismo” latino-americano. Tendencias e impostaciones que caracterizaron en los años Sesenta sobre todo a los países de América Central y Latina, pero que se presentaron significativamente en Italia, la primera sobre todo en la forma

de la autonomía obrera, la segunda en la de los grupos combatientes.

Gonzalo en Perú, al final de los años Sesenta y en los primeros años Ochenta, para reconstruir el partido tuvo que luchar a fondo, ya fuera contra la teoría de la insurrección, o contra la teoría del movimientismo y del foquismo guerrillero. Sin esta lucha nunca se hubiera podido desarrollar, sucesivamente, la revolución popular.

La historia de la lucha de clase en Italia, después de los primeros años Veinte y hasta el final de la II guerra mundial, demostró que, en el terreno de la crisis y de la descomposición de los ordenamientos liberales burgueses, se despliega la ofensiva económica, política y militar de la burguesía y de las clases reaccionarias contra el proletariado y las masas populares. Todo esto no solo se traduce en una inaudita opresión de la mayoría de la población, sino también, al menos en lo que concierne a la historia italiana, en la entrega de áreas crecientes de soberanía a la potencia imperialista más fuerte de la que se depende, para la salvaguardia de los propios intereses imperialistas. La historia de Italia demostró que solo la línea de la revolución de larga duración está en grado de defender los intereses de fondo y la misma vida del proletariado y de las masas populares. La “rebelión se justifica” dicen los miembros del “Partido Comunista de Perú”.

¿Se puede pensar seriamente en el surgimiento de la necesidad de la guerra popular sin hablar de la necesidad de un partido del proletariado construido en modo adecuado y por tanto capaz de cumplir la tarea y las responsabilidades relativas a su conducción? ¿No es quizás evidente que solo los movimientistas, los anarquistas, los aventureros pueden renunciar a tal tarea o subvalorarla? ¿No es quizás evidente que

quien se propone indicar la necesidad de la vía de la revolución y de la construcción del socialismo a millones de obreros y de pequeño-burgueses empobrecidos, asume las más grandes responsabilidades históricas y tiene entonces el deber político y moral de equiparse y equipar al proletariado en modo adecuado y correspondiente a tal misión? ¿Se puede quizás hacer una revolución que se volvió una necesidad urgente y vital sin recoger y organizar todas las fuerzas sociales interesadas en ella? ¿Se puede hacer una revolución sin construir un partido de nuevo tipo, un frente revolucionario y un ejército popular capaz, a un cierto punto, de conducir y vencer una verdadera y propia guerra regular?

Sobre todo esto, Gonzalo dio indicaciones teóricas y prácticas que retoman y proponen nuevamente el maoísmo. Lo hizo ya fuera proponiendo tesis clásicas universales del maoísmo como, por ejemplo, la cuestión de los tres instrumentos de la revolución (partido, frente y ejército), o aplicando estas tesis a la realidad de la revolución peruana. A los mejores representantes del proletariado internacional, a los revolucionarios y a los verdaderos antifascistas y antirracistas, toca hoy, entre otras cosas, la tarea de asimilar, también en este plano, sus contribuciones volviéndolas una guía efectiva para la praxis.

Decíamos que probablemente es imposible comprender el reflujo, también relativo, de la revolución peruana después de 1992, sin regresar a enfrentar la cuestión de la lucha entre la línea roja y la línea negra o sea, en otros términos, la cuestión del revisionismo y de su influencia en un partido comunista marxista revolucionario.

Pero aquí no se trata de considerar la cuestión específica de reflujo de la revolución peruana, sino de evidenciar como

todas las grandes y épicas empresas del proletariado internacional hayan sido obligadas, hasta hoy, a sufrir a veces pesadísimos rebotes y todo esto siempre a causa del mismo problema de fondo. No por mano directa y abierta del imperialismo y del fascismo, sino por obra de sus agentes y representantes en los partidos comunistas que, infiltrándose en sus filas, lograron muchas veces destruirlos o transformarlos en partidos reaccionarios y socialfascistas, que utilizaron los símbolos del comunismo y la bandera roja para confundir mejor u oprimir al proletariado y a las masas populares.

Engels no imaginaba que el partido alemán, el más grande partido marxista de la II internacional, sería degenerado desde allí a pocos años después de su muerte. Lenin no había tenido en cuenta esta misma posibilidad en el victorioso Partido Comunista Bolchevique de la URSS. Gramsci no tenía una idea clara de la cuestión de la lucha entre las dos líneas y el problema, a propósito del rol del grupo dirigente de Togliatti, inició a dárselo en la cárcel. Seguramente fue Stalin el primero que supo captar todo el alcance del problema. Sin la lucha a fondo contra los revisionistas trotskijsti, socialdemócratas y consejeristas infiltrados en el partido, la guerra contra el nazifascismo se hubiera perdido inevitablemente. A pesar de todo esto, su visión del problema era aún limitada, los métodos en parte insuficientes, en parte ineficaces y, en algunos casos, incluso contraproducentes. La consecuencia fue que a su muerte, procediendo del interior del partido y del Estado socialista, el revisionismo desencadenó un golpe de estado socialfascista que llevó, casi repentinamente, a la restauración del capitalismo.

Por tanto fue Mao quien formuló la tesis según la cual el partido está caracterizado por la lucha entre las dos líneas. Mao

profundizó más que nadie en la cuestión del revisionismo. Lanzó la grande lucha contra la casi totalidad de los “partidos comunistas” que, en el mundo, después del golpe de Estado que arruinó el socialismo en la URSS e instauró el socialfascismo y el socialimperialismo, continuó sosteniendo que la “URSS” era socialista. Todos estos partidos se volvieron fichas del socialimperialismo ruso o del imperialismo occidental. Mao desenmascaró a Togliatti y Thorez que, con el fin de la II guerra mundial, entregaron los partidos comunistas, respectivamente el italiano y el francés, a las respectivas burguesías imperialistas. Mao fue el que sostuvo que en el socialismo continua la lucha de clases, que evidenció la naturaleza de clase de la nueva burguesía formada en el partido comunista chino y en el Estado socialista y que promovió y guió la Gran Revolución Cultural Proletaria, mandando atrás por una década a la nueva burguesía.

Gonzalo retomó estas tesis sintetizándolas del modo siguiente: 1) el marxismo-leninismo-maoísmo, sobre todo el maoísmo es la ideología que debe formar y guiar el partido, el proletariado y el nuevo Estado; 2) las Revoluciones Proletarias Culturales son la vía de la preparación de revoluciones políticas y guerras populares contra las tentativas de restauración del capitalismo.

Mao en los últimos años de su vida, también ya muy enfermo, había dicho a los cuadros dirigentes del ala maoísta del Partido: “a mi muerte, la derecha tomará el poder y ustedes deben preparar la guerra popular”. Estas indicaciones fueron subvaloradas por los otros principales cuadros maoístas del Partido comunista chino que, a la muerte de Mao, fueron encarcelados y masacrados por los revisionistas representantes de la nueva burguesía. Gonzalo por tanto no hizo otra cosa que

retomar y confirmar las tesis de Mao sobre la continuación de la lucha entre revolución y contrarrevolución en la época de la construcción del socialismo hasta el paso al comunismo.

Solo si el partido se desarrolla en modo adecuado sobre la base de la ideología del maoísmo se puede pensar en poder contrastar eficazmente el revisionismo. Resulta de esto que un partido que, también haciendo referencia al marxismo-leninismo-maoísmo, se construye en modo ecléctico, como por ejemplo hoy está de moda en Italia, será destinado a llevar a los proletarios a la derrota.

Gonzalo mostró con hechos qué cosa quiere decir iniciar a construir el partido. En los primeros años Sesenta, de frente a un partido que se volvía cada vez más revisionista, emprendió una dura batalla para reunir sobre la base del marxismo-leninismo a los miembros más conscientes y entonces inició el proceso de refundación del Partido. En la segunda mitad de los años Sesenta, trabajó en la formación de los cuadros, aplicando la teoría revolucionaria a la realidad peruana e implicando a los sectores más combativos del movimiento estudiantil. Entonces aplicando el principio maoísta de ir tras las masas y conquistar los elementos avanzados, guió la construcción del partido, trabajando con los cuadros formados por la ideología marxista-leninista-maoísta, en el corazón mismo de la relación con el movimiento campesino y con otros sectores del proletariado, de la población de las favelas y de la pequeña burguesía. Solo a este punto se pudo efectivamente realizar la fusión entre teoría revolucionaria y sectores avanzados de las masas, que hizo posible el inicio de la revolución peruana.

Queriendo sintetizar las enseñanzas de Gonzalo en lo concerniente a la formación del partido, ellas nos indican que el partido inicia su proceso de construcción sobre la base de la

teoría y de la ideología del marxismo-leninismo-maoísmo y no sobre aquella de la relación con los movimientos o con la lucha sindical como, al contrario, todavía hoy es sostenido por varios grupos que hacen referencia al comunismo.

Hoy, celebrar concretamente la obra del Presidente Gonzalo quiere decir trabajar en la aplicación del maoísmo en las condiciones particulares y específicas de los diferentes países del mundo y, sobre tal base, iniciar la construcción del partido del proletariado en la dirección de la fusión con los sectores más conscientes y avanzados de la clase obrera, de los intelectuales y de la pequeña burguesía empobrecida. En la manifestación de Amburgo de la jornada internacional del 25 de septiembre, convocada por la celebración del Presidente Gonzalo, uno de los eslogan más gritados era: “la vida del Presidente Gonzalo continúa en nuestra lucha”.

**Nueva Hegemonía Blog**  
**-25 septiembre 2021-**